La redención de la sombra



Franz
JALICS

Fundación Pablo d'Ors
Galaxia Gutenberg

Franz Jalics

La redención de la sombra

Introducción de
Pablo d'Ors

Traducción de
José Manuel Lozano-Gotor

Fundación Pablo d'Ors
Galaxia Gutenberg



Los textos de esta antología han sido extraídos de: *Ejercicios de contemplación* (orig. alemán: *Kontemplative Exerzitien*, 1994; primeras ediciones en castellano: Buenos Aires, 1995; Salamanca, 1998) – *Ejercicios de contemplación. Iniciación a la oración contemplativa*, Obras completas IV, 2024. Excepto el apartado titulado «Mi propia experiencia», que procede de: *El camino de la contemplación* (orig. cast., Buenos Aires, 2006) – *El camino de la contemplación*, Obras completas VI, 2025, págs. 37-44.

Traducción del alemán: José Manuel Lozano-Gotor

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© del texto y la traducción: Ediciones Sígueme, 2026
© de la introducción: Pablo d'Ors, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 18021-2026
ISBN: 979-13-88019-77-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción, *de Pablo d'Ors* 7

EPISODIOS LUMINOSOS

1. El desierto 51
2. La crisis 55
3. Las manos 59
4. Los bombardeos 61
5. El secuestro 67
6. Dos recuerdos 73
7. El cuartel 77
8. Los padres 85
9. El superior 89

ANEXOS

Anexo 1.
Conversaciones con el maestro 97
Anexo 2.
Mi propia experiencia 107
Anexo 3.
Obras completas de Franz Jalics 115

Este es mi camino, y puedo compartirlo.

Franz Jalics

1

El desierto

Caminaba a diario tres, cuatro y hasta cinco horas, pues me daba cuenta de que la naturaleza me hacía mucho bien.

Cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial, yo era aspirante a oficial del Ejército húngaro en Alemania, donde me formé en el manejo de carros de combate. El final de la guerra me convirtió de la noche a la mañana en un refugiado. En aquella época, en los campos de refugiados vivían millones de extranjeros. Todos esperaban el regreso a su país o una oportunidad para emigrar. Yo era uno de ellos. Se nos suministraba comida y se nos permitía pasear por los alrededores del campo. Pero no había trabajo. Solicité ser admitido en un instituto de enseñanza secundaria. Los refugiados éramos rechazados por sistema, ya que no había plazas suficientes ni siquiera para los alemanes. No había libros, y mucho menos aún radio, televisión u otros medios

de información. Yo no pensaba demasiado en mi futuro. Me limitaba, sencillamente, a esperar. De todas formas, no podía hacer nada. Nos contábamos unos a otros nuestros recuerdos de la guerra.

Al cabo, me cansé de todo eso y tomé la costumbre de irme a pasear cada día. La región era muy bonita. Primero estuve alojado en el monasterio de Polling, cerca de Weilheim; más tarde en Floss, en el Alto Palatinado. Caminaba a diario tres, cuatro y hasta cinco horas, pues me daba cuenta de que la naturaleza me hacía mucho bien. Sentía que me purificaba. Encontraba mucho sosiego en ella y regresaba a casa totalmente repuesto. Contemplaba con frecuencia el cielo y oraba de forma espontánea. En medio de las praderas y en lo profundo de los bosques, tanto a la luz de las estrellas como bajo la fuerza del sol, a menudo sentía la omnipresencia de Jesucristo, en quien todo ha sido creado. Disfrutaba del contacto con la naturaleza, sin percatarme de hasta qué punto me estaba transformando interiormente. Un año después, cuando en marzo de 1946 pude por fin regresar a Hungría, sentí cómo en mi interior se había desarrollado algo así como una base contemplativa. Lo digo porque experimentaba una gran claridad y serenidad interior.

Fue en aquella época cuando, muy gradualmente, cobré conciencia de mi vocación sacerdo-

tal. Sólo después, y gracias a la Biblia, supe que la naturaleza, y en especial el desierto, es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios.

A comienzos de la década de 1970 pasé una temporada en Chile, en el desierto de Atacama; e hice mis ejercicios espirituales en Mejillones, al norte de Antofagasta. Me acostumbré a caminar siempre desde el pueblo, situado en la costa, hasta el desierto, desde donde se distinguían las montañas. Ese paisaje me hacía pensar en Moisés en el Sinaí y en Jesucristo en la región desértica de Jericó. Poco a poco fui confirmándome en esta convicción: el desierto es un lugar para el encuentro con Dios.

2

La crisis

Tenía la sensación de que, aparte del mundo visible, no existía nada más. La imagen atea del mundo me parecía la única cosmovisión posible.

Siendo profesor de Teología y director espiritual en la Facultad de Teología de nuestra Orden en Argentina, atravesé una crisis de fe. Era la época de los grandes cambios del Concilio Vaticano II, en el posconcilio de principios de la década de los sesenta. De pronto me di cuenta de que no podía seguir creyendo en Dios. Tenía la sensación de que, aparte del mundo visible, no existía nada más. La imagen atea del mundo me parecía la única cosmovisión posible. Tenía la impresión de que, al ingresar en la Compañía de Jesús y al ordenarme sacerdote, había emprendido un camino equivocado y hasta nefasto. Me cuestionaba toda mi vida. Esta crisis duró mucho tiempo; y

yo estaba dispuesto a renunciar a la fe y al sacerdocio.

Pasaron tres años sin que nada decisivo cambiara en mi forma de entender las cosas. A diario me veía confrontado con mi crisis: daba clase de Teología Dogmática; como director espiritual, tenía que ayudar a discernir la vocación sacerdotal y la vida religiosa de algunos hermanos de la Orden; todas las semanas predicaba en la misa dominical y confesaba durante horas. Todo esto me resultaba a menudo oprimente. No es que me sintiera un impostor, puesto que estaba verdaderamente en un proceso de búsqueda, pero mis actividades iban acompañadas de grandes tensiones y dudas interiores.

Un suceso en apariencia insignificante me puso en la senda correcta. En la comunidad de jesuitas en que residía, vivíamos unos treinta profesores de Teología y Filosofía. Teníamos una sala de estar comunitaria, donde todos los días, después del almuerzo, tomábamos un café preparado por nosotros mismos en una pequeña cocina. Antes de reemprender las tareas de la tarde, uno de nosotros debía fregar las tazas y recogerlo todo. Esa tarea la realizaba casi siempre un anciano profesor, que ya estaba jubilado y que, en consecuencia, tenía menos trabajo que quienes estábamos aún en activo. El caso es que un día aquel buen hombre

protestó, recriminándonos que siempre dejáramos las tazas de cualquier manera. Estaba molesto por el hecho de que ninguno de nosotros se preocupara nunca de fregar y recogerlo todo. En pocas palabras, nos abroncó de mala manera. Debo decir que escuché todos aquellos improperios, que regresé a mi trabajo y que, a los pocos minutos, había olvidado el incidente.

Sin embargo, durante un descanso a media tarde, cuando salí a pasear un rato, caí de repente en la cuenta de que este viejo profesor, compañero de comunidad, se había aproximado a nosotros con un problema y que yo no había permitido en absoluto que su preocupación me afectara. Me sentí dolorosamente decepcionado conmigo mismo por mi actitud de indiferencia. Seguí cavilando y de pronto me asaltó una idea todavía más desagradable. Cobré conciencia del paralelismo entre este suceso y mi crisis de fe. Porque yo había oído las quejas de mi compañero, pero no me las había tomado en serio. No lo había acogido a él. Tuve que preguntarme si no estaría sucediendo algo análogo en mi relación con Dios. ¿Acaso no estaba tan enredado conmigo mismo, con mis pensamientos y actividades, que ya no permitía que Dios se me aproximara? ¿Acaso no era esta la razón por la que ya no podía seguir creyendo en Él? Este paralelismo saltaba a la vista y me conmovió honda y

sorprendentemente. A renglón seguido me percaté de que esta idea me abría la puerta para clarificar mi crisis de fe. Si me esforzaba por comprometerme más con las personas –pensé–, quizá también entonces cambiaría algo de mi fe en Dios.

Durante aproximadamente un año me esforcé por relacionarme más abiertamente con los demás, permitiendo que se acercaran más a mí. Al cabo de ese tiempo, el asunto estaba claro: mi crisis había desaparecido. Cobré conciencia, de una vez para siempre, del vínculo existente entre la relación con Dios y la relación con los demás. Ese vínculo se convirtió en el hilo conductor de toda mi vida. Impresionado por esta conclusión, creía que mi idea era algo así como una teoría de Einstein: un grandísimo descubrimiento.

No tardé mucho en darme cuenta de lo antiguo que era mi «novedoso descubrimiento», pues hace más de dos mil años que fue claramente formulado en los evangelios.

El caso es que desde aquel momento estoy firmemente convencido de que la tarea principal de las clases de religión, y de la educación en la fe en general, es la comunicación de esta unidad existente entre ambas relaciones. Mientras tal unidad no sea asimilada, la fe cristiana no pasará de ser una teoría ineficaz.